

Las fuentes vivas toman la palabra*

JORGE E. ACEVES LOZANO**

I. En nuestra sociedad mexicana actual, cada vez es más frecuente conocer de la existencia de más y más convocatorias públicas que buscan encontrar la posibilidad y los medios para, literalmente, romper el silencio, me refiero al silencio de los sectores sociales subalternos que, precisamente, se encuentran subregistrados, infravalorados y, específicamente, archivados en la estantería del olvido historiográfico.

Es muy sabido entre los historiadores sociales, de la dificultad para acceder y conocer fuentes que den cuenta de la vida diaria y acontecimientos de la “gente común”, acervos propios que orienten la lectura del pasado, evidencias que no sólo ayuden a reconstruir el pasado, sino que contribuyan a explicarlo y permitan a su vez que la sociedad, a través del historiador, pueda conocer más su pasado para sustentar mejor los nuevos propósitos de afirmación de sus raíces y acciones colectivas por venir.

La búsqueda de fuentes para documentar la historia social y colectiva de los sectores mayoritarios de nuestras sociedades navega, por decirlo así, en una nave del olvido durante la incómoda y larga noche de los tiempos.

En su momento, Lucien Febvre escribió (en *Combates por la historia*) que era el historiador quien daba

a la luz los hechos históricos, incluso los más humildes. Era un llamado de atención para sus contemporáneos historiadores, que en buen número, gustaban más de dar cuenta de la monumentalidad y de los individuos destacados que exponer de manera más amplia y heterogénea la historia del hombre en su conjunto.

Ahora quizá continuaríamos la reflexión de Febvre anotando que aun el historiador seguirá sacando a la luz del día los hechos más enterrados, aun los más insignificantes, pertenecientes no ya en exclusiva a las élites dominantes y sus grandes eventos, sino a la de los grupos sociales más extensos y en franca subordinación, y lo seguirá haciendo hasta que, de manera paralela y alternativa, sean los mismos protagonistas, incluso los más humildes, los que construyan las versiones de sus propias historias, personales y colectivas. Es evidente que la tarea de la recuperación del pasado compete a todo el mundo interesado, pero los medios para hacerlo no son socialmente similares, sino más bien al contrario, están social y culturalmente inequitativamente distribuidos.

Por ello, se han desarrollado en diversos momentos y geografías, esfuerzos para nivelar y volver más social y participativo el involucramiento de los diversos grupos sociales en la recuperación colectiva del pasado. No tanto en volver a cada individuo el cronista de sí mismo, sino promover el interés y necesidad de las colectividades en su propia historia, en el conocimiento del origen y desarrollo de sus problemas y los factores que van conformando su identidad. El historiador continúa existiendo y no ha sido la intención desplazar su papel y oficio específico, al contrario. El reto será contar ahora sí, con un gran cúmulo de testimonios, fuentes nuevas, orales muchas de ellas, a las que el

* Trabajo presentado a la Mesa Redonda: “Las fuentes de la historia social. Los concursos de testimonios”, organizado por el Área de Historia del Departamento de Filosofía, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, el 12 de febrero de 1992.

** Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Centro.

historiador tendrá que abordar de manera más sistemática y rigurosa, exprimiendo todos sus recursos, controles y herramientas analíticas. El examen creativo de los fondos documentales, se acompaña de la creatividad y esfuerzo por la construcción de nuevas fuentes y acervos históricos.

En este marco es que se ha experimentado con nuevos medios para quebrar el silencio que cae y envuelve a algunos grupos sociales y minorías de diverso tipo, signo y género. Podríamos identificar dos grandes tendencias en estos esfuerzos por recuperar la experiencia de la gente común.

Una primera, que mediante el diseño de diversos tipos de convocatoria (concursos, encuentros, veladas, tertulias, festejos y conmemoraciones) pretende la búsqueda de testigos de ciertos acontecimientos históricos. Por ejemplo, una guerra mundial, una revolución, un desastre, un periodo de represión, etcétera.

Una segunda tendencia es la que, utilizando los mismos medios de convocar públicamente a la participación mediante la entrega de trabajos por escritos (ahora también audio y/o visuales), para la búsqueda de información, cuadros y narraciones de las formas de vida y prácticas cotidianas de la gente común, hombres y mujeres, niños y ancianos.

Cada tendencia puede representar una preferencia del tipo de concepción de historia que se quiere reconstituir, pues frecuentemente la convocatoria proviene y se nutre de los intereses emanados de algunos apartados e instituciones estatales y hegemónicas; y menos de organismos e instancias sociales de los niveles y grupos a quienes se dirige la convocatoria. Sin embargo, el recurso es equivalente en su funcionalidad, puesto que se recupera información, aunque no es similar en intencionalidad y utilización.

Algo común de estos medios de convocar a la participación en la recuperación de nuevas versiones de la historia es que lo que va a interesar es ver cómo la historia pasa a través de la vida cotidiana de los individuos, y no interesa tanto el cómo la gente se inscribe en la historia. Interesa la articulación de lo histórico con lo común y cotidiano; se persiguen las huellas de lo que pasa y difícilmente deja rastro.

Las convocatorias han pretendido hurgar en las memorias colectivas e institucionales de los grupos y comunidades y no tanto en constatar la memoria oficial y dominante que se socializa en los individuos. La recuperación de la memoria institucional y propia de las comunidades pasa siempre por la aportación y subjetividad de los individuos, factor que modela y caracteriza estas fuentes provocadas. Esta recurrencia a promover y organizar concursos de aportes testimoniales no sólo ha intentado revivir el pasado, sino

también contar con mayores elementos a nuestro alcance para intentar explicarlo. Detrás está una intención metodológica explícita, cuyo fin es intentar triangular¹ las fuentes documentales con las llamadas fuentes “vivas”.

II. El interés por la historia de la gente común, y las experiencias sobre la recolección y el análisis de los materiales autobiográficos, y aun de otro tipo como los relacionados con la tradición oral, que se han recolectado y dado pie a la constitución de acervos especializados y centros de acopio ya institucionalizados, cuenta ya con una historia y logros a nivel internacional.

Se experimentaron básicamente dos vías para acceder y construir nuevas fuentes de carácter orales. Una primera vía fue cuando el estudioso o grupo de investigadores salieron al “campo” o espacio de sus indagaciones a recoger las tradiciones orales y los testimonios de los habitantes, usualmente de las áreas rurales, con el propósito de conservar lo máximo de evidencia, ante la eventual desaparición de los modos de vida y culturas campesinas. Situación que ocurrió principalmente en la Europa central y nórdica, experiencias emprendidas por lingüistas, folkloristas y después por sociólogos y antropólogos.

Los balances recientes sobre estas experiencias muestran que no fue una tendencia general para toda Europa y los Estados Unidos el que se desarrollara esta práctica de recabar información oral, tanto por la vía directa de investigación en el campo, como por aquella un poco más directa mediante la organización de concursos y convocatorias públicas.²

En los Estados Unidos fue a contrapelo que la sociología desarrollada en Chicago motivara y mantuviera vivo el interés por la investigación cualitativa. Este desarrollo estuvo influenciado desde poco después de la Primera Guerra Mundial por la experiencia polaca, básicamente por los trabajos sobre el campesinado polaco de Florian Znaniecki y W. Thomas.³ En 1921, Znaniecki fue de los primeros en organizar en Polonia una de las primeras convocatorias para recabar autobiografías de trabajadores campesinos (“poznan”). Su colega y discípulo Jozef Chalansinski, retomó su ejemplo y potenció enormemente los proyectos, a tal grado que desde la Primera Guerra Mundial cientos de convocatorias se organizaron, tanto por científicos sociales, como agencias culturales, recolectándose miles de trabajos escritos, usualmente en forma de autobiografías. El material fue utilizado por estos estudiosos con el fin de mostrar como la formación y los cambios experimentados por clases sociales como la de los

campesinos y los obreros, podrían ser descritos y comprendido mediante el análisis de una muestra amplia de autobiografías.⁴

Durante varias décadas, Polonia fue un buen ejemplo de la preservación de un interés y una metodología científica, cuando en otras partes del mundo, especialmente en los Estados Unidos, el predominio de las tendencias cuantitavistas dominaban y desechaban aproximaciones cualitativas tales como las practicadas por los que utilizaban las fuentes orales. La tendencia polaca prosiguió y a la fecha se han integrado miles de memorias autobiográficas (“pamietniki”), de campesinos jóvenes, obreros industriales, desempleados hombres y mujeres, así como de otros muchos segmentos de la población y de ambos sexos. La experiencia polaca no fue la única, pero sí una de las de mayor continuidad y productividad en cuanto a la convocatoria y a la integración de fondos documentales. Los que han tenido más contacto con esta experiencia (Thompson, por ejemplo) resaltan el hecho de que no es conocida fuera del marco nacional y que aun en su interior no ha sido del todo aprovechada.

De la experiencia polaca se desprendieron algunas reflexiones sobre las limitaciones de estos documentos para la historia, principalmente la cuestión de la “doble autoría” detectada en muchos de los trabajos, ya que a quienes iban dirigidas las convocatorias, frecuentemente analfabetas, recurrieron al dictado con recopiladores improvisados o “capturistas” rústicos de buena caligrafía. El análisis del material testimonial requirió innovar en los controles y verificaciones de las informaciones. Se comprobó la necesidad de hacer exámenes de los trabajos más cuidadosos, ya que se enfrentaron a textos “polisémicos”, con múltiples lecturas e interpretaciones posibles. No obstante, lo recolectado produjo volúmenes más amplios de lo que los convocantes nunca pudieron imaginar al principio.

III. De manera que sólo a fines de los años sesenta, un movimiento general e internacional tendiente a reconsiderar la utilización de métodos cualitativos empezó a delinearse alrededor de la utilización de los relatos e historias de vida en las ciencias sociales; y ya específicamente en el campo de la historia, en lo que se ha llamado, un tanto místicamente, la historia oral.

Esta tendencia no hegemónica ni demasiado prestigiada se volcó a la construcción directa de fuentes orales, en buena parte por el afortunado empleo de nuevos medios e instrumentos tecnológicos como las grabadoras de cintas magnetofónicas; pero también por otros factores, como la trayectoria de las ciencias sociales y los intensos y extensos movimientos sociales

que afectaron a la sociedad internacional a fines de los sesenta.⁵ Paradójicamente, fue en los Estados Unidos donde esta tendencia se popularizó rápidamente, aunque reduciéndose más hacia el trabajo archivístico y recolectivo que al trabajo propiamente del análisis sociohistórico.

Sin embargo, el recurrir a la recolección de material folklórico tradicional y el relativo al autobiográfico testimonial, siguió principalmente la vía de investigación directa, o sea aquella emprendida por los propios estudiosos e investigadores, sean historiadores, antropólogos o archivistas. La historia del desarrollo de la llamada “historia oral” está ya bastante bien documentada, por lo que aquí no me extiendo más.⁶

La vía indirecta, o sea aquella en base a las convocatorias está bastante menos documentada y no hay un balance o evaluación de los logros y resultados obtenidos por este medio, por lo menos para el caso mexicano.

No obstante, ha sido un medio muy recurrido por instituciones de educación superior, agencias culturales del gobierno en sus diversos niveles, asociaciones civiles, fundaciones humanitarias y otras no tanto, municipios, empresas, etcétera. En fin, ya se le concibe como un medio de recolección más no el único, ni siquiera el más adecuado, dependiendo de los convocantes y del público a quien va dirigido. Haría falta un exhaustivo trabajo hemerográfico para inventariar todas estas experiencias, sin que por ello se logre ubicar y mucho menos catalogar todos los trabajos que han llegado a participar en dichos concursos.⁷

De este amplio panorama que ocurre a nivel nacional sólo apuntaré de forma especial la experiencia del Museo Nacional de las Culturas Populares-SEP, durante la época en que me tocó colaborar como investigador en tal institución.

Entre los fines del Museo se encontraba la intención, en palabras de su fundador e inspirador, Dr. Guillermo Bonfil Batalla, de

...convertirse, cada vez más, en canal de expresión de los sectores populares; dar la voz a quienes no la han tenido... que todos los recursos disponibles lleguen a ser instrumentos de expresión de los sectores populares, para que ellos muestren su propio rostro y canten su canción propia. (1985: 9)

Guillermo Bonfil, como en tantas otras de sus actividades y proyectos innovadores,⁸ promovió certera y profusamente esta intención de recuperar la memoria, especialmente, la de las mayorías de nuestro país: campesinos, obreros, pescadores, los trabajadores todos. Ya que afirmaba:

...recuperar la memoria, no como una actividad académica que ocupa sólo a los especialistas, sino como una práctica social en la que participan las mayorías, es un ejercicio necesario... recuperar la memoria, porque sin la presencia del pasado es imposible alcanzar una certera conciencia del presente o formular un proyecto hacia adelante. (Bonfil, 1985: 7)

El Museo desarrolló inicialmente un conjunto de exposiciones sobre los aspectos fundamentales de las culturas populares, acompañando cada investigación y exposición con actividades paralelas cuya intención era promover e incitar la participación de los sectores en cuestión. El Museo organizó para ello una serie de *concursos testimonios* que pretendían acercar, en primera instancia, a esas fuentes “vivas” y que tomaran la palabra en sus manos; de esa manera se logró acercarse y vincularse más directamente con los grupos e individuos interesados en las propuestas del Museo.

Los resultados logrados en la década de existencia del Museo son definitivamente alentadores, y al mismo tiempo ejemplares para evaluar y considerar la pertinencia, problemas y bondades de esta práctica de prospección, recolección y promoción de la memoria y culturas populares. Todos los concursos cumplieron, según mi opinión, su objetivo de difundir la palabra de los convocados.⁹ La serie “Testimonios” del Museo así lo deja ver; veamos esquemáticamente la relación de esos concursos:

Año	Convocatoria	Trabajos	Edición
1981-82	El maíz. Concurso de monografías locales sobre el cultivo del maíz	105	2 vols.
1982	Relatos obreros	75	2 vols.
1984	Mi pueblo durante la Revolución	250*	3 vols.
1985-86	Los maestros y la cultura nacional	124	5 vols.
1986	Crónicas y relatos sobre la solidaridad y la reconstrucción	70*	1 vol.
1986-87	Relato minero	80*	1 vol.
1988	Relatos de Coyoacán	30	1 vol.

* Cifra aproximada.

El total de trabajos recibidos en estos concursos de testimonios suman aproximadamente 735, de los cuales se publicaron sólo como el 25 por ciento, o sea,

aquellos que resultaron ganadores y recomendados por los jurados para su publicación. El Museo también convocó a otros concursos pero ya no de carácter testimonial, tales como los de comida tradicional, de historietas, nacimientos, artesanías, etcétera.

El acervo constituido por el Museo se encuentra en su Centro de Documentación, pero sin una organización apta para su consulta y utilización. Problema similar al destino de los demás trabajos que llegan a los distintos concursos que se convocan por doquier. Los concursos funcionan muy bien para atraer información, pero no necesariamente para organizarla y difundirla. Se quedó en el archivo una buena parte de los materiales. Pero, a pesar de que se organicen, tampoco son muy utilizados, como es el caso de los amplios archivos de historia oral implementados por otras instituciones. Encontramos problemas de difusión, de falta de interés por parte de los propios investigadores, los costos para integrar funcionalmente un archivo, las formas de “devolver” los materiales recolectados, etcétera.

No obstante, la tendencia a realizar concursos testimoniales también la han desarrollado exitosamente otras instituciones y organismos civiles. Sólo por nombrar algunos recientes apunto los siguientes:

- 1986 *Cuéntame lo que se cuenta*, CONAFE, 1 vol.
- 1987 *¿A qué jugamos?*, CONAFE, 3579 trabajos, 2 vols.
- 1988 *Los mineros toman la palabra*, Centro Cultural de la Minería, Pachuca, 30 trabajos.
- 1988 *Sábado, D.F. (I)*, Dirección General de Culturas Populares/Familia y Sociedad, A.C., 98 trabajos, 1 vol.
- 1989 *Chilangos. Historias de la ciudad*. Para trabajadores al servicio del Estado, ISSSTE.
- 1990 *Sábado, D.F. (II)*, Dirección General de Culturas Populares/Familia y Sociedad, A.C.
- 1991 *Que me siga la tambora*, CONAFE, 300 trabajos, 3 vols. en preparación.
- 1991 *Historias de mi pueblo. Milpa Alta*, CEHAM, 177 trabajos, 1 vol. en prensa.
- 1991-2 *IV Concurso Historia de mi Barrio y la Comunidad*, Instituto Sonorense de Cultura, UNISON, Colegio de Bachilleres/CONAFE.
- 1991-2 *Iztapalapa en la memoria. Medio siglo de recuerdos, 1900-1950*. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Delegación Iztapalapa, DDF, 90 trabajos.
- 1992 *Voces de Calafia*, convocatoria para Baja California, CONAFE, 90 trabajos.
- 1992 *Voces en la tierra del venado*, convocatoria para Sonora, CONAFE, 35 trabajos aprox.

Estos serían algunos de los concursos más recientes de que tengo noticia, pero seguramente no es un listado completo. Sin embargo, hay que añadir que los ayuntamientos, las casas de la cultura municipales, los gobiernos estatales, el Programa Cultural de las Fronteras, universidades, asociaciones civiles no gubernamentales, sindicatos, empresas y otras instancias civiles más, recurren a los concursos testimoniales como uno más de los recursos y medios a su disposición para la obtención de información.

V. Estos concursos ofrecen en primer lugar un “diagnóstico” de lo que se interesa recolectar, tanto por la aleatoria participación como por la variedad y volumen que se logra recoger. Ya que requiere cierto gasto económico para lograr el estímulo a la participación, por lo general sólo las instituciones o asociaciones que logran conjuntar múltiples recursos, pueden lanzar convocatorias con premios monetarios. Irónicamente, podrá pensarse, que existen individuos que manejan ya los elementos de lo que podríamos denominar una “cultura de la convocatoria”, ya que con suerte, iniciativa y creatividad, pueden transitar el circuito de los concursos, pero la vida es muy rica en sorpresas.

Me parece que lo importante ahora, y en relación con la producción de fuentes para la historia social, es mencionar el problema que significa convocar y construir nuevos acervos testimoniales, ya sean por escrito o mediante grabaciones en cassette. Ya que para que se constituya en fuente histórica debe proseguir un camino sistemático en su constitución, organización, catalogación, utilización y difusión del mismo. Cuestión a la que no se le ha dado la importancia y el seguimiento debidos.

Es lamentable que en ocasiones se invierta mucho dinero y recursos humanos para no utilizar en toda su riqueza la cantidad de materiales acumulados por los concursos. Convocar es un reto y un compromiso ya que los participantes confiaron en los fines de las convocatorias, normalmente desinteresados en términos mercantiles, y esperan que su trabajo sea de alguna utilidad social. Ya que si la finalidad de muchas convocatorias es vincularse y atraer personas interesadas, el compromiso es responder con lo propuesto. Ya que sólo editar los trabajos ganadores no finiquita la tarea iniciada, resta, y eso es un reto, organizar y poner a punto de consulta y difusión lo recabado, sólo de esa manera la memoria social e histórica reconstituída puede impulsar los proyectos y acciones sociales.

Que las “fuentes vivas”, esos seres humanos y sus relaciones sociales, que nos interesa a todos los investigadores conocer, requieren y nos demandan el



trabajo paciente, analítico y sistemático de los profesionales de la historia y sus archivistas. Reto para constituir nuevas fuentes y memorias, y un compromiso por socializar y utilizar cabalmente lo que es parte de todos. Los “medios para quebrar el silencio” demandan ejercer, con gusto, pero seriamente, nuestro oficio.

Notas

- ¹ Siguiendo a Norman K. Denzin, en cuya “triangulación” se combinan las fuentes vivas —relatos e historias de vida— con la información proveniente de archivos públicos y privados, así como la correspondiente a toda la diversa información restante (Berteaux, 1981).
- ² Joutard, 1986, confróntese el capítulo IV, especialmente lo referente a Escandinavia, Alemania y sobre todo Polonia; también varios artículos de Paul Thompson en Dunaway y Baum (eds.) 1994 y Thompson (1978: 208-210); además véase la introducción y el artículo de Mistzal, en Berteaux (1981).
- ³ Su obra más conocida y voluminosa es, junto con el norteamericano W.I. Thomas, *The Polish Peasant in Europe and America* (1918-1920).

- ⁴ Cfr. Balán, 1974, Berteaux (1981: 1-6) y Chalasinski (1938 y 1964-68). La base de datos del primer texto consistió en 1,500 autobiografías recolectadas mediante convocatorias.
- ⁵ El retorno y/o revaloración de los métodos cualitativos, estuvo muy influenciado por los movimientos sociales juveniles, luchas por los derechos civiles en Estados Unidos, el incipiente feminismo en los países desarrollados, así como el desencanto por el desarrollo de los modelos socialistas autoritarios. Algunos autores también coinciden en señalar que la crisis en los principales paradigmas teóricos en las ciencias sociales, alentó la recuperación de nuevos conceptos y métodos de investigación.
- ⁶ Cfr. Joutard, 1986; Sitton, *et al*, 1990; Dunaway y Baum (eds.), 1984; diversos trabajos de la revista *Cuicuilco*, núm. 22, 1990; así como los recuentos de Olivera, 1978: 123-143 y 1987: 143-149.
- ⁷ Es sintomático de la relevancia que han adquirido las convocatorias a concursos públicos, no sólo los de carácter histórico, sino también los literarios, periodísticos, de poesía, literatura, guionismo de radio, cine, teatro, televisión, etcétera, la actual publicación mensual del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, titulada *CONSEJO (s) para ver y oír*, que contiene una sección exclusivamente dedicada a esta cuestión de las convocatorias a nivel nacional, aunque no es exhaustiva, sí da un amplio panorama de esta práctica.
- ⁸ La obra de Bonfil, a la fecha, aún no ha sido cabalmente reseñada, evaluada y difundida, cuestión que requeriría del esfuerzo colectivo de la comunidad antropológica, y de la sociedad civil en general, a la que con su praxis y conceptos ciertamente influyó.
- ⁹ Ahora dejamos de lado la crítica sobre el proceso de construcción de este tipo de documentos y sobre los problemas de llevar a cabo concursos testimoniales por escrito o en cassette en un país como el nuestro, donde aún buena parte de la población rural campesina e indígena no está alfabetizada o no cuenta con los medios necesarios para siquiera interesarse en estos proyectos de agencias culturales como lo es el propio Museo. Cfr. las introducciones que realizara G. Bonfil a varios de los libros de la serie de testimonios del Museo.

Bibliografía

- BALÁN, JORGE
1974 "Introducción" en *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y Técnica*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- BERTAUX, DANIEL (ED.)
1981 *Biography and Society. The Life History Approach in the Social Science*, Londres, Sage.
- BONFIL BATALLA, GUILLERMO
1985 "Mi pueblo durante la Revolución: un ejercicio de memoria popular", en *Mi pueblo durante la revolución*, vol. 1, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Dirección General de Culturas Populares/Museo Nacional de las Culturas Populares.
- CHALASINSKI, J.
1938 *The Young Generation of Peasants*, Varsovia, 4 vols.
1964-68 *The Young Generation of Peasant in People's Poland*, Varsovia, 8 vols.
- DUNAWAY, D. Y K. BAUM (EDS.)
1984 *Oral history: an interdisciplinary anthology*, Texas.
- JOURTAD, PH.
1986 *Esas voces que nos llegan del pasado*, México, Fondo de Cultura Económica.
- OLIVERA, ALICIA
1978 "En torno a la historia oral. Diversas formas de aplicación y utilidad del testimonio oral en la investigación histórica", en *Jornadas de Historia de Occidente*, CERMLC, pp. 123-143
1987 "Eso que llaman historia oral", en *Historias*, enero-marzo, Dirección de Estudios Históricos del INAH, pp. 143-149.
- SITTON, ET AL.
1990 *Historia Oral (una guía para maestros y otros)*, México, Fondo de Cultura Económica.
- THOMPSON, PAUL
1978 "Life histories in Poland and Scandinavia", en *History Workshop*, núm. 6, pp. 208-210.
- ZNANIECKI, FLORIAN Y THOMAS W.
1918-20 *The Polish Peasant in Europe and America*, Chicago, University of Chicago Press, 4 vols.